

Retos del Arzobispado de Caracas

El sábado 5 de noviembre asumió monseñor Urosa la arquidiócesis de Caracas como arzobispo con una misa solemne en la Catedral. Concelebramos más de doscientos cincuenta curas y numerosos obispos. Estuvieron también presentes las autoridades. Era patente que todos queríamos darle un voto de confianza, así como que él quería empezar con la mejor disposición.

Como un aporte fraterno, expondremos con toda sencillez, no, obviamente, lo que él debería hacer, sino los retos con los que se encuentra.

Retos que provienen de la ciudad

El arzobispado de Caracas es muy complejo. Ante todo porque Caracas es ya una megalópolis, pero también porque es la capital del Estado y por tanto una caja de resonancia del acontecer nacional. Además la ciudad no ha tenido dolientes durante décadas: las autoridades no se han dedicado ni se dedican a ella sino que la han empleado como trampolín para su ascenso político. Por eso nuestra capital es un cúmulo de problemas que se acumulan sin que nadie les dé solución. Es una ciudad sin ley, sin espacios públicos ni propuestas ciudadanas, sin convocatorias. Por tanto, cada vez más invertebrada, más sucia, más triste, menos habitada por sus moradores que la usan casi sólo para ir al trabajo o para refugiarse en algún lugar seguro y céntrico. Las ofertas que hay, fuera del béisbol o algún concierto, están dirigidas a colectivos con perfil muy definido.

Si casi no existe vecindario como lugar moldeado por generaciones de vecinos y si por la inseguridad, la incuria y el desánimo escasean las ofertas, no existe el humus para que florezcan tampoco propuestas de vida cristiana que alimenten a un colectivo potencial que se siente muy necesitado de convocatorias, pero a la vez se percibe poco preparado para convertirse en convocador, en actor cristiano, y poco hábil incluso para aprovechar lo que se ofrece.

Retos que provienen de la época

Además en este mundo globalizado en el que pululan las ofertas y la gente se ha acostumbrado a compararlas y adquirir sólo lo que realmente quiere, no se puede ya pensar que los cristianos, que son esos mismos consumidores cualitativos, tengan que constreñirse a lo que les ofrece su parroquia, que no es más que el centro cristiano de su vecindario, pero no necesariamente el que puede alimentar su vida cristiana ni el que le ofrece las mejores posibilidades de participación.

Además en esta época, caracterizada por un modo asociativo adulto, es decir, en el que todos son sujetos y participan con libertad desde lo que son, no puede pensarse que los cristianos, que son esas mismas personas, van a aceptar formar parte de colectivos asimétricos en los que el cura lleve la voz cantante y los demás sólo tengan el papel de receptores o a lo más de colaboradores.

Retos que provienen de la propia institución eclesial

En Caracas (la arquidiócesis no se restringe al Distrito Federal sino que abarca toda el área metropolitana, es decir los cinco municipios, no sólo Libertador y Chacao sino también Petare, El Hatillo y Baruta) hay parroquias de barrios más pobladas que algunas diócesis; habría, por tanto, que subdividir las. Pero no es posible porque se nece-

sitaría el doble de curas para atender debidamente las que ya existen. En la mayoría de las parroquias hay un solo cura, no pocas veces de bastante edad y no buena salud. En otras están al frente curas recién salidos del seminario que necesitaban un rodaje prolongado con otro experimentado para poder hacer frente con éxito a tanta responsabilidad. Y la expectativa de relevo es tan escasa que la situación tiende a agravarse. La consecuencia de esta escasez de personal es la clericalización de la Iglesia. Puede sonar a paradoja, pero no lo es porque se necesita más personal y más cualificado para transformar la situación dando lugar a los laicos y dedicándose los curas a robustecer su fe y estimular su participación y coordinar sus carismas, que para seguir en lo mismo, es decir, atendiendo la demanda adquirida, que se reduce a sacramentos y catequesis de niños, y, si sobra tiempo, atender a alguna asociación tradicional o llevar algún servicio de salud o educación.

Más todavía, debido a la gran escasez y dispersión del clero y a su formación demasiado individualista, el aislamiento y la falta de acompañamiento se convierte en un problema que da origen a situaciones anormales y a veces graves, que hay que afrontar ya de una vez.

En la arquidiócesis hay muchas comunidades de religiosas y religiosos que atienden muchas obras de muy diverso tipo. Pero, por una parte ellos tienen la tendencia a construir sus propios circuitos, y por otra esta tendencia se ve confirmada porque los obispos y curas seculares tienden a considerar la estructura diocesana restringida a las parroquias, con lo que, con toda razón, estas fuerzas tan abundantes y cualificadas se sienten excluidas de la diócesis y confirmadas en su propensión a quedarse en lo suyo.

Esto mismo podemos decir de no pocos movimientos, que restringen su participación a la asistencia a concentraciones masivas, pero que en su funcionamiento diario siguen directrices de fuera de la ciudad y el país, y no se integran a lo que dimana de esta realidad local y nacional.

La consecuencia de esta estrechez en el diseño de la institución eclesial y consecuentemente de su poca cualificación y versatilidad para atender una demanda tan variada, cambiante y exigente, es el crecimiento exponencial de la práctica de un catolicismo sin sentido de pertenencia eclesial.

Una Iglesia en estado de misión

Lo único que puede dinamizar a esta Iglesia es ponerse en estado de misión, ya que, como solía repetir Juan Pablo II, la fe se robustece al comunicarla. Esto implica ponerse a la altura de la situación y vivir de cara al viento, sin refugiarse en grupos cerrados sino viviendo como testigos de Jesucristo para con los conciudadanos, participando de su misión y prosiguiendo su historia en la que nos toca vivir. Dios no quiere que nos salvemos del mundo, ni que entendamos la práctica de la religión como algo compensatorio de esta realidad tan inhumana, sino que salvemos al mundo salvándonos con él, encarnándonos en él, pero desde las actitudes de Jesús, desde su mentalidad, desde sus propuestas. En nuestro núcleo familiar, en el vecindario, en el trabajo, con los amigos, en la vida ciudadana y política tenemos que comportarnos como la presencia viva de Jesús. Fomentar esta fe que obra por el amor solidario, que no se desentiende de los problemas de la vida y de la historia sino que los afronta creativamente, es el primer reto de la arquidiócesis.

Esto exige un cambio de actitud y de funciones. Las parroquias no pueden seguir siendo centros de servicios a los que la gente acude sino núcleos irradiadores en el vecindario, en el sector y en la ciudad. Tampoco los colegios pueden reducirse a lograr que los muchachos pasen el año con las mejores calificaciones; tienen que proponerse una permanente interlocución con los representantes y alumnos para que se formen en la fraternidad de los hijos de Dios y desde ella asuman su responsabilidad personal y social.

No hablamos de una misión predominantemente institucionalista basada en operativos, campañas y concentraciones sino de una misión personal, de cada cristiano y de cada grupo de cristianos, que se realice en la vida como ejercicio de responsabilidad con el hermano y en la historia concreta.

Esta misión tiene que incluir como un elemento imprescindible el dar razón de nuestra esperanza, proclamar a Jesús como el paradigma de humanidad (el que la vivió de la manera más eximia y nos sirve de ejemplo), como el prototipo de humanidad (el molde en el que hemos sido creados: imágenes de la Imagen de Dios), como arquetipo de humanidad (el que, atrayéndonos con el peso infinito de su humanidad, nos humaniza) y así como el parámetro (el que sirve de medida para calibrar nuestra humanidad).

Entregarnos a la misión es algo primario: es obediencia al Espíritu para la que hemos sido habilitados. Todos podemos ponernos en marcha tal como somos y estamos. La fuerza y dirección del Espíritu no es algo previo: se nos entrega cuando nos disponemos a obedecerlo desde nuestra debilidad.

Una Iglesia en trance de convertirse

Si queremos vivir como testigos, el mismo Espíritu que nos capacita para hacerlo, nos lleva a una conversión creciente, a una oración más viva, a la lectura diaria de los evangelios y a partir de ellos del resto de la Biblia, a compartir con compañeros de camino para discernir juntos y acompañarnos, a participar de eucaristías vivas, a entablar una formación permanente, a ir viviendo habitualmente en la presencia de Dios. Para obrar desde él como verdadero hijo y llegar a constituirse en hermano de todos, hasta los desconocidos y los enemigos, privilegiando a los pobres.

La misión nos obliga a pasar de una Iglesia de masas, en la que cada uno busca satisfacer de modo individual su necesidad religiosa, a una Iglesia de convocados: de hermanos que se llevan mutuamente en su fe, en su amor y en su

vida cristiana, que se enseñan, se ayudan, se soportan, se animan unos a otros. Y por tanto también a una Iglesia de cristianos adultos, de convertidos, que confiesa a Jesucristo con su vida y con su palabra, una Iglesia de testigos.

Renovar las estructuras

Una Iglesia en estado de misión y conversión requiere transformar las instancias existentes de comunión para la misión, así como arbitrar las nuevas instancias que demanda la situación. Pero no sólo lo requiere, también y sobre todo se capacita para llevarlo a cabo. Ante tanta inercia y malformación de tantos años, incluso siglos, sólo la trascendencia que da el empeño de ser testigos y convertidos da fuerzas, perseverancia y tino para llevarlo a cabo.

De la transformación de las existentes y la creación de instancias nuevas, como de todo lo dicho hasta aquí, ha hablado el concilio plenario venezolano de modo suficientemente claro, preciso y motivador. Por tanto la arquidiócesis podrá hacer frente a sus retos poniendo en marcha el concilio que acabamos de concluir. Así lo expresó el señor arzobispo en su toma de posesión, de la que participamos con espíritu de comunión y que nos dio aliento para escribir lo que antecede. Abrigamos la esperanza de que estos retos serán afrontados. Estamos muy conscientes de las dificultades de toda índole, pero en medio de ellas nos confirmamos en nuestra apuesta.

Hay que votar y defender el voto

Frente a la campaña sistemática a favor de la abstención en los próximos comicios del 4 de diciembre, nosotros llamamos a votar masivamente y a vigilar y defender el voto. Tanto lo uno como lo otro es un derecho ciudadano que es necesario fortalecer precisamente en aquellas condiciones en que se duda o se teme por su vulnerabilidad.

El llamado a la abstención se argumenta sosteniendo que las condiciones de participación electoral han venido empeorando. Se ha señalado en este sentido que el acceso al Registro Electoral está limitado a las restricciones fijadas por el Consejo Nacional Electoral (CNE), lo que impide un control adecuado del proceso de votación. Además se dice que el acceso a esta información está restringido sólo a los partidos de oposición, lo que implica una clara desventaja para movilizar a sus votantes. Se argumenta también la desventaja que supone para la oposición la legitimación del uso de las "morochas" con la sentencia judicial del pasado 27 de octubre, con lo cual se favorece la mayoría chavista. Se sospecha sobre el resguardo del secreto del voto por el uso simultáneo de las máquinas de votación, las capta huellas y los cuadernos electrónicos. Otros argumentos que se siguen sosteniendo son: que está vetada la posibilidad de abrir todas las urnas electorales para chequear las papeletas de votación con las actas de escrutinio que emite la máquina de votación en cada mesa electoral, así como que el CNE es